

Una mirada a la opresión social de ayer y hoy

Por Mariana Amador C.

El Acorazado Potemkin (1925).
Dirección: Sergei Eisenstein

Aunque el cine estadounidense se ha encargado encarecidamente de difundir el estereotipo de la milicia y de la sociedad rusa en general, como personas frías y maniqueas cuyas acciones sólo están originadas por el placer de causar sufrimiento a los “buenos” pueblos capitalistas de Occidente, basta mirar los primeros diez minutos de *El Acorazado Potemkin* (1925), obra maestra de Sergei Eisenstein (1898-1948), para concluir lo contrario.



El primer acercamiento a esta historia de marineros revolucionarios, los muestra en la crudeza del quehacer militar cotidiano, donde hay que recibir órdenes, aceptar insensateces de los supuestos superiores y hasta comer carne con larvas. Desde este punto, Eisenstein le otorga un sentido de universalidad a los personajes y al amotinamiento que recrea en su obra, ya que toda cólera y levantamiento social nace de la injusticia y del hartazgo; ambos asiduos compañeros del hombre. La desgracia propicia emociones e intenciones y la lente del director se mue-

• Una mirada a la opresión social de ayer y hoy

ve a través de la colectividad para mostrar que la más importante vía de lucha ante la opresión es la fraternidad.

El Acorazado Potemkin casi cumple cien años desde su fecha de estreno, pero en ese pequeño microcosmos que constituyen el buque y su tripulación, se recrean los vicios y virtudes de una sociedad construida con base en el sacrificio y la dominación de la mayoría para mantener los privilegios de otros.

Al tratarse de una película silente, las expresiones corporales son primordiales para establecer una comunicación efectiva con el espectador; por lo que son comunes los acercamientos al rostro de los soldados rasos para transmitir las sensaciones de enojo, miedo y dolor cuando el peligro acecha a los camaradas. Hay momentos de titubeo entre los marinos que manejan las armas, cuando se les ordena matar a sus propios compañeros, recordando al público que muchas veces está bien desobedecer si los mandatos son insensatos y que incluso en el conflicto y en sectores fuertemente jerarquizados y disciplinados como lo es la milicia, debe prevalecer la virtud ética y el razonamiento.

Por su contexto histórico y político, la cinta constituye una crítica al régimen monárquico que prevaleció en la Rusia zarista durante los primeros años del siglo XX. Los villanos son príncipes y miembros del clero, el único pecado que puede atribuirse a Eisenstein, es la falta de matices en los antagonistas, ya que los retrata como seres cobardes y bastante despreciables, pero sin caer en el exceso *hollywoodense* de la caricatura.

El poder imperial, encarnado en el capitán del navío desdén la existencia de los súbditos y en un arrebato de poder es capaz de aniquilar con tal de no ceder algo tan básico como un plato de sopa. Por otra parte, los miembros de la Iglesia tampoco salen bien librados, al demostrar cómo se desvanece su escaso amor al prójimo cuando las dádivas que otorga el acompañar y encubrir a quienes ostentan el poder se ven amenazadas.

La caída del héroe

Todo antagonista tiene su contrario. *Vakulinchuk*, líder del amotinamiento en el acorazado simboliza la fuerza, el reclamo de los sojuzgados, y su caída llega tempranamente en el filme, pero

este giro de la trama no se convierte en una tragedia. La desgracia del héroe representa el punto de catarsis, la gota que derrama el vaso en el grueso de la población cansado de mantenerse estático mientras su vida pende de los caprichosos designios de las élites. La lucha rebasa los límites del mar, y la movilidad social atraída por el desbordado encono común, traerá la revolución.

Eisenstein enfoca a la multitud cada vez mayor, personas que ante lo poco que tienen por perder, prefieren emprender la lucha, ya que sólo quienes no sufren y pelean en ella, inician una guerra por gusto. La visión del héroe abatido es acompañada en la pantalla por la noche, la música, la tristeza del mar y del paisaje; testigos taciturnos de tantos hombres idealistas que han perecido ante los embates de monstruos hastiados de codicia.

Imagen 1. Fotograma de la película.



Fuente. Macguffin007.com

La brutalidad del conflicto

Ante la sublevación popular el imperio responde con balas a diestra y siniestra. A pesar de la primitiva tecnología cinematográfica disponible para filmar escenas de guerra, Eisenstein captura perfectamente el drama que impone un conflicto armado, haciendo hincapié en la muerte de mujeres y niños. El espectador se transporta angustiosamente al instante en que la violencia extermina hasta la más vulnerable inocencia. La famosa escena de montaje, del bebé deslizándose lentamente en la carriola hacia la muerte, posee una fuerte carga de desasosiego y desesperación, como la guerra que no miras en las noticias y en cualquier momento puede allanar tu casa y arrebatarte lo que amas.

- **Una mirada a la opresión social de ayer y hoy**

Los “vencedores” en esta historia son lo menos importante. Sergei Eisenstein ha creado una obra que va más allá de contar la historia de Rusia y exaltar los valores del socialismo, ya que logró penetrar en las llagas de la inequidad y la lucha de poderes que emponzoñan a las sociedades humanas establecidas bajo cualquier régimen donde predomine la avaricia y la corrupción. El tema de opresores, oprimidos y gente con hambre sigue tristemente vigente en este siglo de tecnología y crisis ambiental. La película ha perdurado gracias a su compromiso con el arte y con la innovación técnica y no con los discursos ni las políticas de moda, así que casi cien años después continúa emocionando.